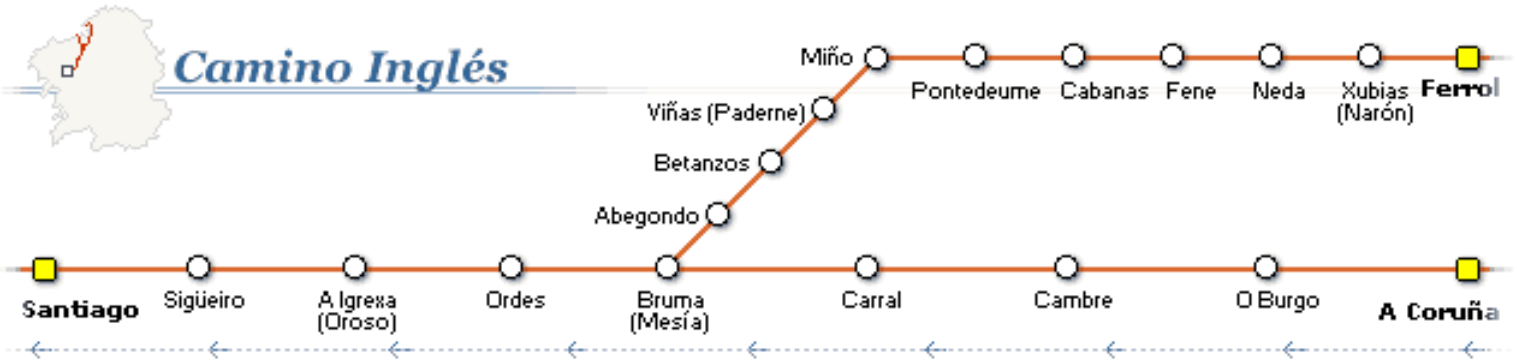
Crónicas de un peregrino
El Camino Inglés a Santiago
Séptima y última etapa: Sigüeiro-Santiago de Compostela



Domingo, 15 de agosto de 2004.
El buen tiempo nos ha acompañado durante esta última etapa, pero tal como nos pasó durante la etapa de Presedo, nos perdimos nada más salir de Sigüeiro y el automovilista que amablemente nos recogió para llevarnos al buen camino, resulta que también se equivocó y nos llevó a la última etapa, sí, pero del Camino Francés.
Salimos sobre las 8:30 de la mañana después de haber desayunado junto con nuestros compañeros, quienes se unieron a nosotros en esa última etapa. Los 18 Km. que nos separaban de Santiago, no parecían muchos kilómetros por ser la última etapa. Pero claro, tampoco sabíamos que nos íbamos a perder. Las obras y la mala señalización fueron las culpables que una vez cruzado el puente sobre el rió Tambre, a la salida de Sigüeiro, tomamos a la izquierda un camino asfaltado que, paralelo al río, nos llevó a la iglesia de Barciela. En este punto, teníamos que haber cogido un camino a la derecha que pasaba frente a ella, junto a un palco de música, pero no vimos la señal o no estaba y el caso es que seguimos todo recto por la carretera hasta que pasada una media hora alguien se mosqueó y paramos un coche para preguntar si llevábamos la dirección correcta. El conductor, que vivía en los alrededores, nos dijo que íbamos al aeropuerto y que se brindaba a llevarnos hasta el sitio correcto. Nos apretujamos en el vehículo y eso nos salvó, nos salvó de hacer algunos kilómetros más esa mañana.
Nada más dejarnos en el nuevo camino que enseguida intuimos que era el Francés porque a los pocos minutos de estar en el camino, oímos voces y cánticos de personas que venían por detrás nuestra. Al doblar un recodo un grupo de más de 40 personas, compuesto de hombres, mujeres, y niños de todas las edades, con cruces y uniformados, nos pasaron cantando. Era un grupo de italianos que hacían el camino hasta Santiago. Un poco más tarde otro grupo de sudamericanos pasó a nuestro lado.
El recorrido por donde pasábamos ya no importaba. La vistosidad y la alegría de las gentes nos tenían lo suficientemente distraídos como para fijarnos en la ruta. Sabíamos que nuestro destino era el mismo. Paramos a tomar algo en Labacolla y enseguida se inicia la subida al Monte do Gozo, lugar en el que visitamos la pequeña ermita y sellamos nuestras credenciales.
Desde lo alto de esta colina, los peregrinos medievales contemplaban por primera vez la ciudad santa. En este lugar hay un albergue que puede albergar a más de mil peregrinos. Aquello más bien parece un centro turístico que otra cosa.
Las torres de la Catedral, más que verse, se intuían desde lo alto del montículo donde está el monumento conmemorativo de la visita del Juan Pablo II en 1992.
Seguimos nuestro camino que confluye de nuevo con la carretera después de cruzar la urbanización y descender unas escaleras. Un puente sobre la autovía marca la entrada a Santiago. Enseguida nos

hicimos las primeras fotos de la entrada a Santiago. Tardamos casi una hora, por calles inhóspitas, en llegar al casco antiguo. Al llegar a la plaza de San Pedro, presidida por un “cruceiro” se ve por fin una de las torres de la catedral. Por fin, la plaza del Obradoiro y la majestuosidad románica y barroca de la catedral. De nuestro destino final solo nos separaban 33 escalones que nos apresuramos en escalar. Un fuerte abrazo entre todos sellaba una semana llena de vivencias y experiencias.
Nos fuimos a buscar nuestras “Compostelas” a la Oficina del Peregrino con nuestras credenciales perfectamente selladas. Las conseguimos pronto gracias a la picaresca de Angel, a pesar de la cola enorme que había. Cuando regresábamos a la Catedral nos topamos de frente con Hanni y Sabine, nuestras amigas alemanas, que acababan de llegar. Nos fundimos en un fuerte abrazo. Inesperado y emocionante, pero de lo más natural. Lo da el Camino.

Tenía muchas ganas de romper ya que venía de años de trabajo intenso, así que necesitaba algo distinto. De un día para otro me dije que tenia que hacer el Camino. Y allí estaba a pesar de las duras pendientes que nos hemos encontrado y de los dolores en los pies y articulaciones. Alguien me dijo que cada parte que te duele en el camino tiene que ver con algo emocional.
Me di cuenta de que porqué hacia el Camino no importaba. También supe luego que llegar a Santiago no es lo más importante. Lo verdaderamente importante es el recorrido, la gente que te encuentras y las anécdotas que te ocurren.
Al terminar el Camino en la plaza del Obradoiro tenía una sensación extraña, una sensación de vacío y lo más importante: quería seguir caminando. Se viven momentos tan importantes durante el camino que cuesta despedirse de ellos.

Mi credencial con los sellos del Camino

Mi Compostela del 15/8/2004

Hasta el próximo Camino.

José Fco. Andrés Ballesteros